

be repartir su tiempo entre sus dos progenitores, y actualmente pasa en Nueva York, junto a su madre, los seis meses que a ésta le corresponde disfrutarla al año.

Hace poco se anunció el compromiso de Richard con Kathryn Wilson, actriz del teatro que hace sus incursiones en el campo cinematográfico de cuando en cuando. Mas tras un corto noviazgo, Miss Wilson rompió el compromiso, porque, según decía la vida del hogar era incompatible «con su arte» también. Pero lo curioso en este caso, es saber cómo la ficción proyectada en la pantalla resultó falsa en la realidad de la vida, co-

cho, por no abandonar su carrera, que ella cree de gran trascendencia.

Grande fué la sorpresa que causó hace algunas semanas en los mentideros de Hollywood la noticia lanzada de sopetón de que Richard Barthelmess se había casado sobre la marcha, cuando iba camino de Hawaii en saculentas vacaciones por dos semanas. La nueva y flamante esposa es una tal señora Jessica Sargeant, ex esposa del señor idem, de quien se divorció hace poco, y perfectamente ajena a la farándula teatral o al mundo cinematográfico. Parece que Richard, temeroso de que «el arte» vuelva a interponerse en

Su casa de Beverly Hills es una de las residencias más lujosas y distinguidas de la pintoresca barriada. Toda ella es una demostración fehaciente del buen gusto instintivo y del refinamiento espiritual de su dueño. Situada en una altura privilegiada, de estilo italiano que acusa una marcada influencia española, de alta cúpula y pesada puerta, la simple vista exterior os da la impresión de algo sólido y honrado como su propio morador. ¿No habéis observado nunca esta especie de tática concomitancia o afinidad «espiritual» entre el carácter de un individuo y la residencia que lo cobija?

Cuando pocos días antes de su último matrimonio le hice saber por medio de su secretario que deseaba visitar su casa, accedió a mi deseo con gentil condescendencia. La tarde en que me decidí a hacerlo, era de asueto para él, y lo encontré feliz, en el hermoso jardín, retozando como un chicuelo con la linda muñeca de su hijita. Tras el obligado intercambio de unas frases triviales, la conversación recayó naturalmente sobre la encantadora chiquilla, que no me perdonaba el haberle interrumpido su pueril diversión, Richard habla de su hija con desbordante entusiasmo y paternal ternura. No necesita él afirmarlo para que el que le escucha se dé cuenta de que el rubio angelote ocupa íntegramente su mundo emocional.

Entramos después en la casa, y sabedor él de que yo deseaba verla toda, ni corto ni perezoso, se me ofreció como gentil cicerono. La falta de espacio no nos permite más que un ligero resumen de nuestras impresiones, pues una descripción detallada ocuparía todo un artículo.

Huelga hablar del lujo y pomposidad que preside en la sala, pero no está por demás — tratándose de un actor del cine — hacer la aclaración de que en este caso el «crastacuerismo» y la vana ostentación que caracterizan a la mayoría de sus colegas brilla por su ausencia. En medio de la elegancia y el lujo hay cierto sentido de sobriedad y moderación, que prestigian esta mansión y dicen mucho del buen gusto de su dueño.

El comedor y las habitaciones de Richard son menos fastuosos que la sala, aunque no menos elegantes. Lo que sí constituye un verdadero primor es el monísimo boudoir de la pequeña Mary. ¡Con cuánto amor y paternal ilusión ha ido Richard engalanando esta linda recámara! Sin embargo mi habitación favorita es la más apartada y silenciosa de la casa, y, a la vez, la menos frecuentada: la biblioteca. Por un rato, tras observar de conjunto la sobriedad y distinción de los muebles, acusadores de un gusto refinado, más propio de un inglés que de un norteamericano, díme a curiosar por los estantes, y pude comprobar que este feliz mortal sabe elegir sus autores. Mas cuando al cabo de un rato quise conversar con él para ver hasta qué punto estos famosos literatos y pensadores, tan lujosamente encuadrados, le eran familiares, Richard había desaparecido.



RAYMOND HATTON y WALLACE BEERY en su última película.

En la película que han filmado últimamente, mejor dicho.

sa que ocurre con bastante frecuencia en esta ciudad de divorcios, en que la gente juega al matrimonio como las niñas a las muñecas.

Hace algún tiempo, Richard filmó «New Toys» («Juguetes nuevos»), una película de escasa importancia, en que él, como de costumbre, hacía un papel virtuoso y noble. En este caso particular, representaba un esposo casto y puro en quien se estrellaban los esfuerzos y perversas maquinaciones de la maligna vampiresa. Como de costumbre también en la ficción (pues la realidad por estas latitudes es otra bien diferente), la honesta esposa salía vencedora de las pérdidas redes que su rival le tendiera a su cara mitad, y así vivieron eternamente felices y acaramelados como dos tórtolos. Ahora bien, como nada aquí es más antiestético ni desmiente más el idealismo y falsedad sistemáticos del cine que la realidad actual de la vida misma, sucedió, precisamente, lo contrario de lo que se había proyectado en la pantalla. En la película de marras, el papel de esposa lo desempeñaba la propia señora de Barthelmess, Mary Hay, no divorciada todavía de él, y la vampiresa la encarnaba Kathryn Wilson, la misma que después, tras seducirlo y anunciar su próximo enlace con él, lo dejó plantado, como ya se ha dicho, su camino hacia la felicidad doméstica,

ca, ha decidido renunciar a las actrices. Según los maldicientes de los mentideros, el hermoso manco abrigaba otro temor aun más inquietante, y era el de si también ésta se le arrepentiría antes de consumado el acto nupcial; en vista de lo cual, no hubo noviazgo previo sino que se casaron, como ya hemos dicho, sobre la marcha y a la carrera.

Fuera de lo ya relatado la vida de Richard Barthelmess transcurre apacible y tranquila, y es, en realidad, una de las más ejemplares de Hollywood. Su carácter sencillo, retraído y serio, lo predispone contra el estridentismo de los círculos sociales de la colonia, al mismo tiempo que lo inclina hacia la vida reposada del hogar. Los pocos ratos que la profesión le deja libres, se le podrá ver siempre en su casa de Beverly Hills, entregado en cuerpo y alma a su hijita o dedicado al tenis, a la lectura y demás entretenimientos domésticos. Con frecuencia, también se hace a la vela en su hermoso yate «Pegaso», y se va hasta las islas deshabitadas de Santa Cruz, frente a las costas de California, y allí, solo y lejos del mundanal ruido, se entrega a las delicias del silencio, de la quietud y la soledad por algunos días en directa comunión con la naturaleza.

LA MODA Y LAS VACACIONES

Las «estrellas», que ya no adoran al Sol, han lanzado una novedad sensacional: la de pintarse los labios de verde

He aquí la época ideal de las vacaciones y de los juegos más o menos al aire libre y acuáticos; época que se aprovecha con largueza y que sirve todavía de pretexto a las exhibiciones más o menos fantásticas que hacen esas mujercitas adorables que pueblan las selvas intrincadas, o los bosques claros y soleados, como las niñas; o las playas de ardiente arena, caldeada por un sol canicular como las náyades.

Nuestras elegantes de estas latitudes siguen en la moda de exponer sus ebúrneos cuerpos a los rayos solares, para adquirir ese tono «agitanado» que tan bien les sienta a algunas, y no obstante, en las playas extranjeras, no ha habido ninguna joven que haya intentado siquiera poner sus carnes de color de cacahuate; no es ya moda; eso ha pasado a la historia, y este otoño, las elegantes, ostentarán con orgullo sus brazos y gargantas de una blancura inmaculada, tan luminosa como la de la nieve.

Eso no impide que la hermosa rubia Vilma Banky conserve su cuerpo naturalmente moreno, que hace un contraste singular con sus ojos color agua marina, sus cejas rubias y sus cabellos de un tono pálido encantador; ni que la Huguette Duflos, que siempre luce sus carnes de blancura alabastrina, haga pruebas para convertirse, de golpe y porrazo, en estatua de bronce, rápidamente y sin dolor.

—Desgraciadamente—nos dice con un tono de profunda pena—a pesar de mis reiteradas experiencias, no he podido conseguir dar a mi cuerpo ese tono oscuro que tanto hace resaltar los cabellos claros. Mi piel, comienza por enrojarse, luego se quema y después salta, para dejar su puesto a una nueva piel, desesperadamente blanca, mucho más blanca que la precedente.

En el mismo principio de abstenerse de los rayos solares, se inspiran hoy algunas estrellas, que todavía ayer, se extendían sobre la arena de las playas californianas, para dejar que su piel, naturalmente blanca, adquiriera ese tonillo de trigo tostado que tanto le agradaba. Hoy, con objeto de proteger sus cuerpos y sus brazos de los ardientes rayos solares, estas señoritas se pasean por la playa más mundana de California, con pijamas de vivos colores, que tienen la particularidad de estar pintados a mano, estilo cubista.

Uno de los que más llaman la atención por su originalidad, es el que gallardamente luce Esther Ralston, compuesto, exclusivamente, de triángulos pintados desde el azul intenso y profundo, hasta el delicadamente celeste, terminando su indumentaria una sombrilla adornada con tri-

ángulos multicolores, que resguardan los ojos intensamente azules de esta moderna Ester.

Greta Nissen, con un encanto seductor, deja flotar sus cabellos hasta el nacimiento de su espalda, y lleva un amplio pijama que parece fabricado con copos de nieve, sobre el que un artista ingenioso ha pintado unas cuantas rosas estilizadas.

No obstante, en la playa hay de todo, encontrándose entre estas bellas sirenas, algunas que se burlan de la moda, como Denise Legeay, Blanche Montel, Pauline Starke, Betty Compson, Irene Rich y Colleen Moore, que después de sumergirse sabiamente sus cuerpos adorables en las verdes ondas, se tienden indolentemente en la arena, vestidas, únicamente, con el clásico «maillot» que moldea los venusinos contornos de sus cuerpos armoniosos.

Leatrice Joy, ejecuta sus proezas en «maillots», muy corto por cierto, y de una blancura que contrasta con la de sus maravillosos dientes.

Pero al salir del baño, esta sonriente morenita, echa sobre sus espaldas, por pura coquetería, una larga echarpe en la que se envuelve con tal gracia, que el excéptico John Gilbert no puede evitar un gesto de admiración.

Dolores del Río—esa flor de fuego de raza hispana que cotidianamente lleva sus trenzas onduladas, recogidas sobre las orejas—envuelve su cuerpo en una especie de chal español de colores chillones y variados.

La caprichosa y revoltosa Clara Bow, duerme, come, lee y juega siempre en «maillots». La encantadora Laura La Plante, ostenta un gorrito sembrado de margaritas con los pétalos muy alargados. Lois Wilson se pasea desde el amanecer hasta la caída de la tarde llevando un traje de muchacho, de vivísimos colores, que hacen resaltar más las graciosas ondas de su negra cabellera.

Desdeñando las playas mundanas, René Adorée, Sally O'Neill y Marceline Day, ocultas bajo la sombra protectora de las verdes montañas, pescan con caña a orillas de los torrentes. Pero no vayan ustedes a creer, por eso, que estas tres ondinás no hayan buscado, aun en país salvaje, la fantasía en sus trajes. Ordinariamente, llevan unos sombreros de paja enormes, tan grandes como sombrillas, y unos pantalones cortos que permiten admirar sus bien torneadas pantorrillas. La tranquila Marceline, con su gorrito metido hasta los ojos y sus altas botas hasta la rodilla, penetra valientemente en las aguas veloces de los torrentes para intentar coger con las manos las grandes truchas plateadas ocultas entre las rocas.

En fin, volvamos la hoja, o cambiemos la decoración...

Un pequeño esfuerzo en la exhibición y dentro de muy poco tiempo los labios de las estrellas americanas, dejarán de mostrarnos el rojo sangriento adquirido al contacto de su barrita de carmín.

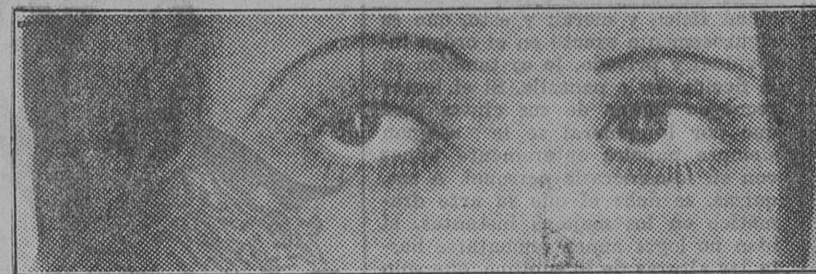
Se trata de pintarse los labios, ahora, de color verde, gracias a las genialidades de Eleanor Boardman, quien observó que, sus labios pintados de verde manzana, eran mucho más fotogénicos que cuando los llevaba de rojo violento, y de esta forma «ultra-elegante», tuvo la fantasía de exhibirse ante sus hermanitas, las demás estrellas, que acogieron la innovación con grandes muestras de agrado.

Después de unos minutos de estupor, la moda estaba lanzada.

Ahora nos explicamos, por qué los labios de algunas artistas de relieve, hacen juego con sus trajes, sombreros, zapatos, etc.

Y es que se impone, que hay una especie de furor de «conjunto».

M. DALBY



«ROMPECABEZAS»

¿De quién son estos ojos?

No pueden ser de nadie más que de Clara Bow.

BIOGRAFÍAS

RICHARD BARTHELMESS

Sus comienzos. - Desgraciado en amores.
Su hija. - Su casa. - Su biblioteca.

Recientemente, Manuel Pedro González — conocido escritor cinematográfico — ha publicado la biografía de Richard Barthelmess, «vista» con tanto acierto y plasmada con su cáldo estilo habitual, que a continuación reproducimos:

«De estatura mediana y proporcionada, robusto y ágil, sin dar en el extremo atlético; de aspecto varonil y atrayente hermosura; de rostro franco y sugestiva mirada, Richard Barthelmess es un ejemplar escogido de la nueva generación deportiva.

Como en el caso de Douglas Fairbanks, en Richard Barthelmess el hombre excede al artista, sin que esto quiera decir que su labor no haya sido excelente — por lo menos tan buena como la de cualquier otro actor de la pantalla, exceptuadas, por supuesto, algunas figuras como Emil Jannings, John Barrymore, Charlie Chaplin, Conrad Veidt y algún otro quizás, que forman, por así decir, el arcótipo cinematográfico. El no es un actor de talla, desde luego, pero tiene una de las personalidades más seductoras del cine hoy día, y esta excelente condición suple enteramente su deficiencia artística. El público norteamericano lo admira y quiere con devota predilección, y se le mantiene adicto y fiel a despecho de los años. Más de dos lustros lleva ya esta simpática figura apareciendo en la pantalla, sin que sus aficionados y admiradores den muestras de fatiga, antes al contrario, cada mes aumenta el número de cartas que recibe.

Y es que a las masas norteamericanas les place verse representadas por este mocetón sano, fuerte y honradote, un poco brusco en el exterior pero noble y generoso en el fondo. El es un estupendo ejemplar de sanidad física y moral; y esto, que es rigurosamente exacto en el orden individual y privado, lo es también en la ficción de la pantalla. Si el lector recuerda alguna de sus cintas verá que por lo general se le asignan siempre papeles enteramente afines con su idiosincrasia personal. A eso, quizás, se deba el que su arte dramático en los mejores instantes, si bien no logra nunca remontarse hasta las alturas de lo sublime, que sólo los grandes actores alcanzan, se caracteriza, no obstante, por una nota de sinceridad y realismo genuinamente personales, por un hondo sentido de probidad artística y de verismo emotivo que nos dan siempre

la impresión de que nos refleja emociones vividas, es decir, gozadas o sufridas.

Probablemente, el amable lector ignora que la avalancha de cartas que los «fanáticos» del cine envían a los talleres diariamente, son de un valor inapreciable para los productores. Ellas son los heraldos de la pública opinión, el barómetro infalible para medir la popularidad y aceptación de un actor o de una película, y a ellas se atienen en definitiva para orientarse y decidir en última instancia la conducta a seguir. Las tales cartas son como antenas que de todos los rincones del globo les traen el mensaje de aprobación o la amarga repulsa del gran público. De ahí que en todo Estudio de relativa importancia haya un departamento perfectamente organizado que se ocupa de recibir, clasificar, contar y valorar este enorme escrutinio diario. Ni una sola se deshecha o menosprecia. Desde la ingenua misiva, entusiasta y fervorosa, llena de errores ortográficos, escrita por una romántica mozoleta aldeana, hasta la epístola más sesuda y ponderada, escrita por un literato o crítico profesional, todas se encasillan y aprecian por igual. Todas son hijas de ese omnipotente y caprichoso facedor de estrellas que se llama «público» — señor anónimo, pero todopoderoso, ante quien se hu-



Una escena inevitable: la «mujer fatal» y sus amadores.

millan desde el productor ventripotente hasta el escuálido y miserable extra.

En el caso particular de Richard Barthelmess, esta correspondencia de sus favorecedores ha tenido una influencia e importancia trascendentales. De seguir sus impulsos y preferencias artísticas, él interpretaría personajes intensamente dramáticos, con funestos desenlaces cuando la lógica de la trama así lo aconsejase, mas al público norteamericano le desazona el final trágico, e impone sin apelación el happy-ending (desenlace feliz). Consecuente con esta general opinión, el «público» de Richard Barthelmess ha desaprobado sistemáticamente las películas suyas que no terminan en prolongado y romántico beso, o abrazado a su amada, teniendo por fondo el convencionalísimo rayo de luna o el más convencional aún y arbitrario crepúsculo, rosadito y perfumado como en los cuentos de hadas. De ahí que, películas como «Pimpollos destrozados» (Broken Blossoms), dirigida por Griffith, en que él hacía de galán joven de Lillian Gish, una de las mejores cintas que han salido de Hollywood, sea menos popular que cualquier otra de las suyas hechas según el standard o patrón del gusto popular, y como Broken Blossoms otras varias en que el desenlace es desgraciado. A todas les ha vuelto la espalda el público norteamericano, que en este caso es el que da la pauta, y al pobre Richard no le queda otro recurso que conformarse con el veredicto popular, y simular en la pantalla una felicidad y un optimismo que están en abierta pugna con su gusto y en franco desacuerdo con su concepto del arte dramático. La divisa del arte fotogénico, como la de los latinos de la Roma primitiva, parece ser: vox populi, vox Dei.

Richard Barthelmess es neoyorquino. En la gran ciudad del Hudson nació el 9 de mayo de 1895, y allí creció hasta que fué enviado a un colegio interno en el estado de Connecticut. Huérfano de padre en edad muy temprana, su madre tuvo que ingresar en el teatro para ganarse la vida y sostener al pequeño «Dick». Pronto la señora Barthelmess reveló sobresalientes aptitudes para la farándula, y con su ascenso huelga decir que mejoraron las condiciones de «Dick». En el colegio se distinguió como excelente deportista y buen

estudiante sin llegar a ocupar los primeros puestos en ninguno de los dos campos. Donde más descoló fué como actor en las distintas comedias que el colegio presentaba todos los años y en las cuales tomaba él siempre parte sobresaliente. Por lo demás, se le tuvo durante toda su es-

sería hoy si por casualidad no hubiese llegado a la aldea en que trabajaba, una compañía de cinematógrafo que iba en «locación» por algunos días. El actor que en Richard alentaba, magüer aletargado durante su transitoria dedicación al comercio, despertó en él de nuevo y le arrastró

ble prólogo de ansiosa búsqueda, de humillaciones y forzosas vacaciones, como la inmensa mayoría de los que hoy gozan del favor popular y de la gloria. Rodando de Estudio en Estudio, con intermitencias de ocio y holganza forzosa, que a veces se prolongaban más de lo que a su estómago convenía, pasaron los años del noviciado, hasta que un día tuvo la gran fortuna de ser «descubierto» por «papá Griffith», ese generoso consagrador de estrellas, a quien tanto deben muchos de los que hoy admiramos en el pináculo de la fama y la fortuna, en tanto que Griffith permanece pobre y retraído.

Como en otros muchos casos, Griffith vislumbró el talento dramático de Richard cuando éste era aún ignorado. «Allá en el este» (Way down East) y Broken Blossoms, ambas filmadas de Griffith y haciendo Richard el papel de galán con Lillian Gish como estrella, fueron dos verdaderos aciertos y otros tantos triunfos para cada uno de los tres personajes principales que en ellas intervinieron. Era la época feliz de Griffith, cuando todavía abrigaba la esperanza de educar al público y de que éste recompensaría con su adhesión y aplauso el esfuerzo que venía haciendo por elevar el nivel estético del arte incipiente. Especialmente en Broken Blossoms, supo el gran director diluir un ambiente de poesía, de amor, de fatalidad y tragedia, tan sabiamente equilibrado y tan lógicamente resuelto, que por muchos años fué una de las cintas más bellas que los talleres norteamericanos produjeron. Hoy es completamente clásica. Tanto Lillian Gish como Richard colaboraron con amor y feliz éxito en estas dos obras maestras de Griffith. A partir de este momento quedó Richard Barthelmess consagrado.

Sin embargo, su obra fundamental, y, por lo tanto, su mayor triunfo artístico no se realizaron hasta 1922, en que filmó «Tol'able David». En las dos precitadas obras su labor era secundaria, en tanto que aquí ya trabajó como estrella, y tuvo, por lo tanto, amplia oportunidad para desplegar íntegramente sus no comunes facultades mímicas. A partir de esta fecha, ha filmado innumerables cintas, muchas de las cuales fueron tan mediocres y su labor tan insignificante, que ya radia la recuerda. Entre las más recientemente hechas hay que anotar como superior a la mayoría, la titulada «The Patent Leather Kid» («Un gladiador moderno»). Actualmente, «Dick» es la estrella principal de First National, y una de las más populares de los Estados Unidos.

La vida privada de Richard no ha sido del todo feliz. Casado en primeras nupcias con Mary Hay, hubieron de divorciarse porque la vida matrimonial, según la declaración de ella, interfería con «su arte», pues si él era actor del cine, ella lo era del teatro. De la unión resultó una hermosa niña, que es el orgullo y el amor de Richard.

Desgraciadamente para él, según la sentencia judicial que puso término a su primer matrimonio, la nena de-



MILTON SILLS, o el optimismo.

tancia de varios años por muchacho equilibrado, serio y muy ordenado en su vida, cualidades que aún hoy constituyen la base fundamental de su carácter.

Durante las vacaciones de verano solía unirse a la troupe en que trabajaba su madre, y desempeñaba papeles de menor cuantía. Cuando llegó a la edad viril, sin embargo, decidió abandonar el teatro y meterse a comerciante, y hombre de negocios

al mundo cinematográfico. Abandonó su colocación y se unió a aquella efímera compañía, que había ido a su aldea con el insospechado designio de despertar y avivar su adormecida vocación. Desde entonces ya no abandonó la carrera.

Sus comienzos fueron rudos y llenos de vicisitudes y penurias. No obstante, su prestancia varonil, su hermoso rostro y relevantes aptitudes de actor, tuvo que sufrir el inevita-



Paul Lukas, nuevo actor cinematográfico que ha ingresado en la Paramount

num.
78

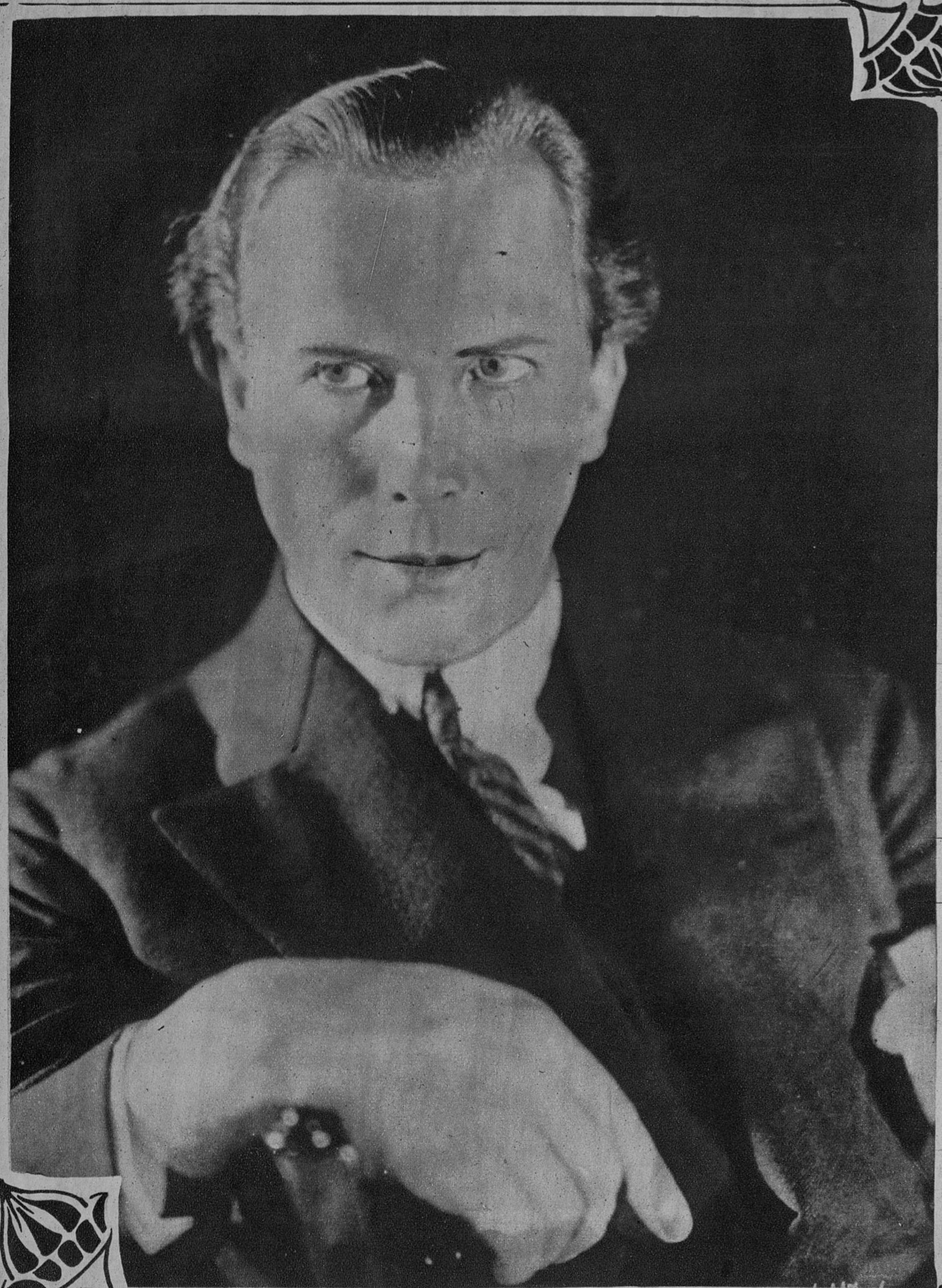
JUEVES
CINEMATOGRAFICOS

agosto
30
1928

El Día Gráfico



La encantadora artista Janet Gaynor, protagonista de los films Titán Fox «El ángel de la calle» y «Cuatro diablos»



El colosal actor Lars Hanson que, con Greta Garbo, es el protagonista del film M. G. M. «La mujer divina»



Dorothy Sebastian es mujer prevenida, y le teme mucho a una insolación



Una escena de «El Carnaval de Venecia», nueva producción de gran espectáculo Diamante Azul, interpretada por Maria Jacobini y Malcolm Todd



Leon Mathot en «Ben Ali», estupenda superproduccion Diamante Azul, realiza la más sensacional de sus creaciones



La hermosa Wilma Banky, que en la próxima temporada aparecerá en varios films de Los Artistas Asociados

LAS GRANDES FIGURAS DE LA M. G. M. De izquierda a derecha
Sres. Fiedelbaum, Finberg, Spring, Loew, Brock y Forman



Browning
NYC



La nueva estrella Virginia Lee Corbin

Buster Keaton, el «hombre de la cara de hielo»,
de la M. G. M. a punto de sonreír



Victor Mac Laglen y Nick Stuart,
en «El pirata del río», super-
producción Fox



Douglas Fairbanks, Jr., mostrando su blanca dentadura en franca risa, interceptó la manzana que Dorothy Mackaill le tiró a uno de los empleados, y comenzó a comérsela con gran gusto. Era un momento de descanso entre escenas de «Tse barker» («El anunciador»); Milton Sills, que interpreta el papel titular, hablaba con nosotros de su manía: las flores

—Sí — nos decía Milton —: una lechuza grita todas las noches desde lo alto de una de mis palmeras. Al pie de uno de los rosales hay un nido de codornices, con ocho pajaritos. Yo cultivo rosas de todas las variedades, no hay nadie en Hollywood que tenga Rosas de Castilla de una blancura como las mías.

Observaba yo con atención a este hombre, que se hizo famoso de la noche a la mañana en «El halcón de los mares». Este hombre fornido y tan favorecido del público es también horticultor y doctor en filosofía. Traté yo de imaginar cómo sería su casa, pero en vano. ¿Qué estilo de arquitectura, qué adorno se amoldaría a la personalidad de gusto refinado, de amor hacia lo bello, de este hombre? Pero él me dió la respuesta:

—Mi casa es de estilo español provinciano. Cuando Mrs. Sills (Doris Kenyon) y yo estuvimos en España, nos enamoramos totalmente de ese estilo de arquitectura, y nos dedicamos a comprar por todos lados adornos y muebles, para formar la casa que pensábamos construir aquí en Hollywood. Las setenta y cuatro vigas del techo y las macizas puertas remachadas de enormes clavos, proceden del castillo de los condes del Real. La colgadura de mi biblioteca es copia de una que hay en la catedral de Saamanca, que data de 1595. Las campanas de bronce, las linternas antiguas de metal repujado, todas proceden de España.

Los muebles y la arquitectura del Renacimiento español me cautivan y encantan; poseen ese sello de elegancia y austera riqueza, tan sencillo y agradable.

No puedo comprender por qué en Sevilla y en Madrid, como en otras grandes ciudades de España, las casas de la gente rica empiezan hoy día a amueblarse con muebles norteamericanos.



ricos. Incomprensible es esto en un país tan rico en variada arquitectura, en muebles y en adornos. No hay país en el mundo que, como España, posea semejante belleza arquitectónica. Mientras en España echan mano de la arquitectura extranjera tan inferior a la suya, toda la gente rica de California y los Estados Unidos da la preferencia a las cosas españolas.

Al recorrer la enorme casa y patio de Milton Sills, puede creerse uno realmente en la España pintoresca. Al mirar desde sus jardines el Pacífico, cualquiera creería que es el Mediterráneo.

Dejamos el coche en el sendero que rodea los jardines, y nos metimos de lleno por las veredas. Bancos rústicos aparecían a cada momento en sombreadas cavernas; más allá un prado liso, circundado de flores, con una fuente blanca en medio. Pasamos por una arcada hacia el gran patio, y desde allí al salón, donde nos recibió Doris Kenyon. Doris no actúa con su marido en su presente película «The Barker», pero apareció con él en el «El valle de los gigantes» y «Sol ardiente». Su amor comenzó cuando filmaban «Hombres de acero», y su casamiento es hoy día uno de los más felices de Hollywood.

Sobre la chimenea del salón se destacaba un hermoso retablo de Navarra.

Al salir nos detuvimos frente a la arcada; Milton Sills traía consigo un papelote; con gran orgullo me lo mostró. Era una estampa del cortijo del marqués de Torrenueva, cerca de Alcalá de Guadaíra, en la provincia de Sevilla. Había servido de modelo para el portal que estaba ante nuestra vista.

Al despedirme de ellos, después de trasponer la portada del jardín y

meterme en mi coche, no pude contener un suspiro de sentimiento al abandonar un sitio tan delicioso.

A dos cuadras del boulevard Hollywood se levanta la hermosa casa blanca de estilo de hacienda mexicana, de Dolores del Río. En medio del patio, rodeado de una tapia, yergue sus retorcidos brazos un sicomoro de gigantescas proporciones.

Pasamos por el vestíbulo, pavimentado de azulejos vistosos. Por las paredes colgaban placas de San Pedro, San Mateo y San Jacobo. La rica lámpara que cuelga del techo, había sido dibujada por la misma Dolores.

A la izquierda, la biblioteca, donde la estrella mexicana estudia los personajes que luego interpreta tan justamente en la pantalla.

El gran salón, emblema de la mujer que de tal modo ha cautivado a Hollywood, es sorprendente por la sencilla riqueza y elegancia del mobiliario. El gran sofá, de terciopelo rojo, es considerado el mueble más opulento de Hollywood; en contraste con él se ven las sillas y sillones, tapizados de colores claros, y colocados en diferentes puntos de la sala.

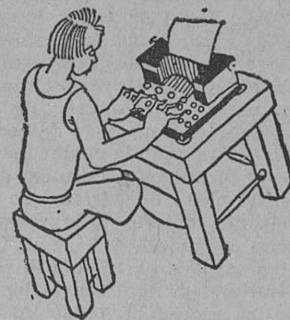
Hermosos bionbos antiguos, afaría mexicana, exquisitos chales españoles, adornan por todas partes la casa de Dolores. Sobre el piano, en rico marco de plata, está una fotografía de la reina de España, con la dedicatoria escrita por su mano, regalo que recibiera Dolores de la soberana cuando estuvo en España hace algunos años, antes de su venida a Hollywood. Nada parece llenar de augusta magnificencia este hermoso salón como la noble estampa de Doña Victoria. Ese retrato es el sello aristocrático de la vida y la casa de Dolores del Río.

Al penetrar en su boudoir, no pude contener un ¡ah! de admiración. Las paredes están esmaltadas en verde pálido; del techo pende un candelabro de cristal y metal dorado; la cama, levantada sobre una tarima y cubierta de un paño de tejido de oro, es una de las viejas posesiones de la familia de Dolores.

Al abandonar su casa fui a apersonarme con ella en los alleres de Tec- Art, donde filma «La venganza». Dolores se me acercó en traje de gitana.

—¿Le gustó mi casa? — me preguntó sonriente.

El encanto de la casa de Dolores es el encanto de su propia persona, que se revela en todo lo que la rodea.



ARGUMENTOS DE PELÍCULAS

BOMBEROS SIN TACHA

Willy Well, Tom Plukett y Roy Flumsgain, eran tres rapazuelos que tenían una idea ligerísima de lo que significaba la escuela, confundiendo la mayor parte de las veces con un bar o taberna, ya que su distracción favorita la constituían, juegos tan inocentes como el «siete y medio» y la «taba», pasando el tiempo que estas importantísimas ocupaciones les dejaban libre, en rebozar alegremente, en vez de retener las lecciones que explicaba la honorable y benemérita profesora encargada de inculcar en aquellos cerebros de diamantina dureza, las primeras nociones de aritmética, geografía y otras ciencias, más o menos abstractas, cuyos nombres hacían temblar de espanto a nuestros tres héroes.

Cierta día, en una lección de Historia Natural, le preguntaron a Tom: —¿Cuál es el animal más testarudo?

—El portero, señorita, respondió sin vacilar el muchacho, gracia que le costó una buena reprimenda, además de una retención suplementaria en clase, con gran desesperación de sus inseparables amigotes Wills y Roy, que lo esperaban para verificar una arriesgada expedición por los arrabales de la ciudad.

Pero la edad de la escuela, edad la más feliz, termina pronto, y los tres granujillas se habían convertido en tres apuestos jóvenes, que distaban mucho de ser los rapaces que al principio hemos mencionado.

Willy había comenzado su brillante carrera... con una no menos brillante caminata digna de unas Olimpiadas de Nueva York a San Francisco. Llegado que hubo a la Perla del Pacífico, lo primero en que se fijaron sus asombrados ojos, fué en un cartel, pegado en una pared, cuyo contenido era el siguiente: «500 dólares de recompensa al que detenga al ladrón», y debajo, una doble fotografía de frente y de perfil, del individuo cuya captura motivaría la recompensa, cuyos rasgos le hicieron recordar a su casi olvidado ex condiscípulo, Roy Flumsgain.

Precisamente aquella mañana, nada más llegar a San Francisco, recibió una carta de su anciano padre, en la que le contaba una serie de lástimas y miserias, capaces de conmover a un guardacantón.

Ante un panorama tan «hermoso», y siendo hombre de recursos inagotables, tomó una determinación, digna de figurar al lado de los hechos más gloriosos que registra la Historia. Detuvo al primer transeunte que acertó a pasar por su lado, diciéndole:

—¡Yo soy el ladrón ahí retratado! Deténgame y presénteme en la primera delegación de policía que encuentre: le darán una prima de 500 dólares, de los cuales, enviará usted la mitad a mi anciano padre.

Willy purgó su pena, «como los buenos», y algún tiempo después, al salir de la prisión, se encontró a Tom Plukett, que era, nada menos, que teniente de bomberos. Este no quiso dejar desamparado a su anti-

aptitudes, siendo tan valientes en el arriesgado ejercicio de su profesión, como malos estudiantes fueron antaño.

Ignoraban lo que era miedo y estaban siempre dispuestos a sacrificar, si preciso fuera, su preciosa existencia; tan impetuosos y rápidos eran en su acción, que un día, tomando Willy el timbre del teléfono por la señal de alarma puso en conmoción a todo el cuartelillo, haciendo salir a toda marcha a un equipo completo.

El cuartelillo de bomberos de Plunkett tenía la fama, aun entre los de la profesión, de ser el mejor cuidado y más disciplinado de todos, pero aquel día, el monumento de la reputación se vino abajo con estrépito gracias a que, al maniobrar las bombas, pasaron algunos incidentes lamentables ante el mismo capitán inspector que, cuando menos lo esperaba, recibió una ducha morrocotuda, de la manga a cuyo cuidado estaban Willy y Roy.

En todo el país no había habido ningún incendio importante desde el ocurrido en un depósito de amiantos, en el que Willy y Roy, tanto se habían distinguido, cuando, de repente, una noche se oyó la señal de alarma en el cuartelillo de Plunkett.

En algunos minutos, con toda la prisa empleada en tales casos, se organizó el servicio, saliendo el equipo a gran velocidad a las señas indicadas, donde una vez llegados, anunciaron a los bomberos con una frescura completamente polar, que no había fuego!...

—Lo que aquí hacen falta, son bailadores—dijo una encantadora rubia, que no era otra que Dora, la hija del capitán Stoddars.

Willy y Roy estaban atontolados ante aquella joven de belleza peregrina, y como los vecinos se quejaron del ruido producido por el piano en aquella juerga callejera, Dora les rogó que transportaran el mentado instrumento a su casa, que estaba allí cerca; en el décimoséptimo piso.

Así lo hicieron estos esforzados padalines de la bomba, aun a trueque de sudar tinta, ya que se trataba de satisfacer un capricho de una «per mujer», que por añadidura era la hija de su capitán.

—Podía haber comprado un violín en vez de un piano, decía Willy al



La fiebre «argumentista». Un precoz creador de «guiones».

llegar al segundo piso, pensando en los quince que todavía quedaban, cuando vino a cortar el hilo de sus pensamientos la brusca presencia del mismísimo capitán Stoddard en persona.

Hecho un basilisco y furioso como un león acorralado, al ver a sus bomberos ocupados en semejante tarea, los envió al cuartelillo, diciéndoles: —De hoy en adelante, prohíbo terminantemente responder a ninguna llamada procedente de mi casa... ¿entendidos?

Después de esta aventura, tanto Willy como Roy, no podían quitar de su pensamiento la imagen de la bellísima rubia, cuando un día, una llamada de socorro que procedía de la casa del capitán, se dejó oír en el cuartelillo:

«¿De casa del capitán y tan desesperadamente?» — pensaron nuestros valientes bomberos— «¿inos figuramos que a la niña se le antojara ahora bajar el piano al sótano! No hay necesidad de molestarse. Tenemos orden de no contestar.»

Pero esta vez, era verdad lo del fuego; la casa del capitán arde por los cuatro costados y el voraz elemento amenazaba acabar con todo; además la singular Dora estaba en peligro.

—¡Mi hija! ¡Salvad a mi hija!—exclamaba en tono patético el capitán.

Willy y Roy, bomberos sin miedo y sin tacha, se lanzaron en su auxilio. La casa era un verdadero infierno; los techos amenazaban hundirse de un momento a otro... ¿más qué importaba? Nuestros dos valientes penetraron en la casa y recogieron a miss Dora, completamente desvanecida.

—Mi novio, auxiliad a mi novio, que ha quedado arriba, dijo a media voz, tan pronto como hubo recordado los sentidos.

De nuevo, Willy y Roy se lanzaron en aquel gigantesco brasero, trepando como dos ardillas por la gran escalera de la brigada, ante la admiración de sus compañeros, que no acertaban a comprender tanta audacia.

—¿Es curioso!—decía Willy—esta noche he soñado que subía al cielo...

—Si soñabas que subías por una escalera como esta, comprendo que te hayas despertado antes de llegar.

—Pero ¿qué diantre hemos venido a buscar aquí?

—A su novio.

¿En qué se reconoce un novio?

—Espérame aquí que iré a preguntárselo.

—No te molestes. Allí veo un pollo que nos hace señas desesperadas. ¡Debe ser ese!

Y, exponiendo una vez más su vida, aquella pareja de bomberos ideales, salvaron también al novio.

—¡Hijos míos sois dos héroes!—dijo el capitán— ¡jamás olvidaré el inmenso servicio que acabáis de efectuar. No hay cebos ni suspicacias entre vosotros y sobre todo, no olvidéis que habéis colaborado juntos.

Y, Willy, puso punto final a aquella emocionante escena, besando galantemente la mano de miss Dora, en aquellos momentos, alegre y feliz como ninguna.



UNA ESCENA MUY «AVANT» Y MUY «APRES» GUERRA:
EL TANGO MAS O MENOS FATAL.

DESDE HOLLYWOOD

LAS CASAS DE LOS ACTORES y de las ACTRICES "ESTELARES"

«Mientras en España echan mano de la arquitectura extranjera, tan inferior a la suya, toda la gente rica de California y de los Estados Unidos, da la preferencia a las cosas españolas»—dice Milton Sills a un periodista que visita su casa

La periodista Virginia Lane ha publicado en una revista norteamericana un reportaje muy interesante acerca de las cosas de las estrellas de Hollywood. No podemos sustraernos a reproducir el escrito, que dice así:

«Obedeciendo a la pícarosa invitación de la dueña de la casa, me acerco a tocar el botón, un botón inofensivo. El rico mosaico de la pared se abre, y pasamos a una exótica sala china, amueblada de manera tan pintoresca y vistosa que me obliga a vacilar en el dintel de la puerta.

«Debía yo estar preparada para semejantes sorpresas. ¿Qué otra cosa podría esperarse en una casa en que el único modo de llegar a los dormitorios es descender por una especie de pozo en un rincón del salón?

Hay en Hollywood la más completa y caprichosa variedad en materia de residencias. Allí está la casa de John Mc Dermott, autor de argumentos cinematográficos. Toda ella ha sido construida de los desechos de escenarios que se han empleado en gran número de películas famosas. McDermott la construyó con sus propias manos.

Las puertas talladas y doradas y las ventanas guarnecidas de rejas proceden de «The Song of Love» («El canto de amor»), una antigua película de ambiente del desierto árabe, de Norma Talmadge. El pozo, con su curiosa armazón de madera, fue el que apareció en una escena campesina de «Pess of the Storm Country», de Mary Pickford. Y así, con respecto al resto de la casa. En ella se puede encontrar parte de todos los escenarios de casi todas las grandes producciones de los años recientes.

Y esta extraña habitación se amolda exactamente al carácter de su morador, que se ufana más de tocar las pipas de Tunís con la misma maestría que los mendigos y cantores ambulantes del norte de África, que de ganar dos mil dólares a la semana escribiendo argumentos.

En ninguna otra parte sucede esto sino en Hollywood. Aquí los estilos de arquitectura recuerdan todas las regiones de la tierra. Al lado de una

noble y solariega casa española se levanta un chalet suizo, y contigua a una casa de hacienda mexicana se yergue un castillo morisco de Andalucía.

Y si el lector pudiese hacerse cargo de cuánto se ufanan las estrellas de cine de poseer semejantes casas!

Algunas, que pasaron, demasiado súbitamente, de la pobreza a la riqueza, denotan, en el recargo de adornos de sus casas, los característicos del «parvenu». Otras, sin un día libre, filmando película tras película, y que no tuvieron tiempo de dirigir personalmente la construcción de su casa, dieron carta blanca a arquitectos y decoradores. De eso resulta que sus casas en nada reflejan su carácter personal.

Un ejemplo de esto es Gloria Swanson. Hace algunos años dió orden de construir una casa, sin más encargo al arquitecto que estas palabras:



DOLORES DEL RIO
en plan típico mejicano.

«Quiero que sea grande y sorprendente.»

Grande y sorprendente lo fue. Hasta tal punto, que cuando Ramón Novarro hizo su primer viaje a Europa y se detuvo ante el palacio de Versailles, exclamó en «bon burton»:

—¡Dios mío! ¡Es más grande que la de Swanson!

Hay algunas estrellas del cine, sin embargo, que se han encargado personalmente de hacer construir su casa y dirigir todos los detalles. Una de éstas es Leatrice Joy.

Determinada yo a visitar su casa, me puse con ella en los talleres de Cecil B. de Mille, mientras filmaba «El Danubio azul». En el pintoresco traje de aldeana, era Leatrice un verdadero encanto a la vista. Traté de imaginarme lo que sería su casa. A mi mente se presentaron colgaduras de violeta y púrpura, una profusión de tafetán y sedas y divanes dorados. Pero me equivoqué.

A los pocos días, me aproveché de su invitación y me presente ante su casa. Es de estilo campesino de Inglaterra. Leatrice me recibió en el dintel de la puerta. Parecía ella tan fresca como cuando hizo su primer importante papel en «Los Diez Mandamientos», de Cecil B. de Mille. Estaba vestida en su sencillo vestido «sport», y su única alhaja era un anillo de casamiento, de platino, mudo testigo de su unión con John Gilbert.

Su casa ofrece el mismo aspecto de limpieza y juventud que se nota en su persona. El amueblado, de estilo colonial norteamericano, mezclado con todos los adelantos modernos, hace de su casa un verdadero encanto.

Pasando por una arcada detrás del salón, hay una salita de sol. Las telas de los cojines y las colgaduras, de colores suaves, engañan esta pieza, destinada a Miss Leatrice Joy II, de tres años de edad.

La pequeña Leatrice parecía también ufana de mostrarme las excelencias de su habitación, y empezó a volver la manivela del fonógrafo, para obsequiarme con música.

Es esta chica el blanco de las caricias y atenciones de cuantos llegan a la casa de Leatrice; su dulce sonrisa infantil cautiva a amigos y extraños. Se escurrió de pronto en dirección al jardín, y volvió con un ramillete de pensamientos para su mamá. Si hubieran sido orquídeas, presentadas por la mano de un rey, no las hubiera recibido Leatrice con el gusto con que recibí este ramillete de pensamientos.